



## 1. El movimiento "antiglobalización", Seattle+10

### De Seattle a la crisis global

Josep Maria Antentas y Esther Vivas

Hace ahora diez años el mundo se vio sorprendido por el impacto de las protestas de Seattle en noviembre de 1999 en ocasión del Encuentro Ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Estos "*días que conmovieron al mundo*", como les llamaron Cockburn y StClair (2000) haciendo una analogía con la fórmula de John Reed respecto a Octubre de 1917 (¡sin comparar ambos acontecimientos históricos, por supuesto!), marcarían la abrupta emergencia de lo que vendría a conocerse como movimiento "antiglobalización".

Los debates sobre el carácter y la naturaleza del "nuevo" movimiento no se hicieron esperar. Su mismo nombre fue, desde el comienzo, objeto de controversia. Si "antiglobalización" fue la etiqueta mediática que recibió, y la que se generalizó rápidamente, varias han sido las denominaciones alternativas propuestas, con desigual fortuna, para intentar compensar el carácter "negativo" y no-propositivo del término "antiglobalización", cuyo significado es en realidad bastante limitado. En el mundo francófono tomó fuerza progresivamente el término "altermundialista", que posteriormente llegó también al mundo castellanohablante. Si bien fue inicialmente propuesto por los sectores más institucionales del movimiento fue cogiendo impulso y aceptación hasta ser uno de los más utilizados hoy.

En el mundo anglosajón tomaron relevancia términos como "movimiento por una justicia global", que también busca enfatizar la dimensión "en positivo" del movimiento naciente. Algunos lo definieron simplemente como "anticapitalista", confundiendo en parte deseos con realidad pues, aunque el movimiento sea portador de una lógica anticapitalista, coexisten en su seno orientaciones muy diversas, varias de ellas defensoras de un cierto capitalismo regulado tipo "keynesiano". Por nuestra parte, utilizamos aquí el término "antiglobalización", el más popular en el momento de Seattle, pero siempre con unas "comillas" indicativas de sus límites e imprecisiones y de las distancias prudenciales que hay que tener con él.

A pesar de que sus detractores auguraron un futuro sombrío al movimiento, al juzgarlo como producto de una alianza episódica y circunstancial de organizaciones y fuerzas sin proyecto coherente, las protestas de Seattle inaugurarían un nuevo ciclo internacional de movilizaciones, que tiene la crítica a la globalización como su elemento motriz.

## Antes de Seattle

Seattle no fue producto de la nada. Los acontecimientos de noviembre de 1999 marcaron, en cierta forma, la culminación de todo un proceso de gestación y desarrollo de luchas y resistencias a la globalización capitalista iniciado a mediados de los noventa en varios países del mundo.

Es habitual tomar el alzamiento zapatista del 1 de enero de 1994, coincidiendo con la entrada en vigor del Acuerdo de Libre Comercio entre EEUU, Canadá y México, como fecha de referencia simbólica del nacimiento del movimiento “antiglobalización”. Los zapatistas fueron los primeros en articular una crítica global al nuevo orden mundial forjado después de la caída del muro de Berlín y la guerra del Golfo proclamado por Bush padre. Asimismo, promovieron el primer intento de coordinación internacional de las resistencias, con la convocatoria de los I Encuentros por la Humanidad y contra el Neoliberalismo en la Selva Lacandona en 1996.

En realidad, ya antes del alzamiento zapatista la profundización de la ofensiva neoliberal a comienzos de la década de los noventa engendró ya algunas campañas internacionales pioneras que, a pesar de tener un impacto limitado, sirvieron para ir tejiendo contactos internacionales y forjar las primeras experiencias de lucha. Entre ellas podemos destacar la campaña contra el Acuerdo de Libre Comercio entre EEUU, Canadá y México que entró en vigor en 1994; la campaña contra la Ronda Uruguay del GATT finalizada en 1994, en la cual participaron redes y organizaciones que jugarían posteriormente un papel relevante contra la Ronda del Milenio en Seattle; y la campaña “50 años bastan” iniciada en Estados Unidos y cuya actividad final central sería el Foro Alternativo “Las Otras Voces del Planeta” en Madrid en otoño de 1994 durante la Asamblea General del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM). También en esta época primeriza se crearon alguna de las redes que después jugarían un rol clave, como es el caso de la Vía Campesina, constituida formalmente en 1993.

Desde mitad de los noventa hasta noviembre de 1999 una serie de campañas internacionales, movilizaciones y encuentros, en interrelación con luchas significativas a nivel nacional-estatal (como las huelgas de noviembre-diciembre de 1995 en Francia), fueron dibujando un entramado de redes, organizaciones, movimientos y experiencias cuya solidez y consistencia iría en aumento, hasta llegar al clímax de Seattle. Entre sus episodios más relevantes estarían las euro-marchas contra el paro y la precariedad en junio de 1997, las movilizaciones contra el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) a comienzos de 1998, cuya

parálisis fue la primera (y una de las pocas) victorias del movimiento, y las protestas simultáneas durante la Cumbre de la OMC en Ginebra del G8 en Birmingham en mayo del mismo año. Visible para el gran público a partir de Seattle, la crítica a la globalización venía ya de lejos (Antentas, 2002).

## La “batalla de Seattle”

El año 1999 sería el año de la explosión del movimiento, gracias a los acontecimientos de Seattle. Poco antes de los mismos, importantes movilizaciones tuvieron lugar en Colonia durante el mes de junio, en ocasión de la Cumbres de Jefes de Estado de la Unión Europea (3-4 de junio) y de la Cumbre del G8 (19-20 de junio). Al filo de la Cumbre del G8 se produciría, también, el famoso desmontaje del McDonald's de la pequeña localidad francesa de Millau, a cargo de José Bové y otros militantes de la Confédération Paysanne.

A finales de noviembre de ese año tuvieron lugar las movilizaciones en Seattle, durante el Encuentro Ministerial de la OMC de la llamada Ronda del Milenio, durante cinco días que marcaron “un antes y un después” en la trayectoria del movimiento. En Seattle confluyó un amplio espectro de organizaciones y redes de diferentes países cuyo centro de actividad era desde hacía tiempo la denuncia de la OMC y sus proyectos liberalizadores, así como diversos de movimientos de Estados Unidos. El enorme impacto político de los acontecimientos en Seattle se debe a varios factores.

En primer lugar, a la sorpresa de ver un rechazo tan contundente e inesperado a los fundamentos del capitalismo global en el “corazón de la bestia”, dentro de Estados Unidos, y en una ciudad símbolo de la *new economy*. Seattle significó una convergencia histórica entre amplios sectores de la izquierda norteamericana, donde confluyeron movimientos ecologistas, de derechos humanos, colectivos de solidaridad con las trabajadoras de los *sweatshops* (maquilas) de Centroamérica, como United Students Against Sweatshops (USAS), entre otros, y el movimiento sindical norteamericano, tradicionalmente conservador. La presencia significativa del sindicalismo en Seattle se vio favorecida por la existencia de corrientes sindicales críticas combativas en toda la zona del norte-oeste del país, que organizaron una fuerte movilización para la ocasión.

La manifestación en Seattle de unos 30.000 sindicalistas de la AFL-CIO y de sus principales sindicatos miembros marcó un punto de inflexión histórico en la trayectoria del sindicalismo norteamericano. A pesar de ello, en el periodo posterior quedó patente que su tímida renovación empezada a mitad de los noventa había sido globalmente fallida e insuficiente, y la convergencia esbozada en Seattle se reveló muy frágil y problemática. La timidez de las demandas sindicales (la “cláusula social”) y los esfuerzos de la dirección sindical para impedir cualquier contacto entre la manifestación sindical y los jóvenes partidarios de la acción directa fueron una buena muestra de los límites de la orientación del sindicalismo oficial norteamericano.

Entre otras debilidades de las movilizaciones de Seattle, se señaló ya entonces la muy débil presencia de las minorías étnicas. Un hecho atribuido a la falta de información sobre el evento por parte de muchos de estos colectivos y organizaciones, quienes se sintieron poco concernidos por una movilización hegemonizada en general por blancos y, sobre todo, por su necesidad de concentrarse en problemas más “inmediatos” (en luchas concretas en el barrio, etc.), cuya relación con la globalización no era establecida de forma automática por los afectados (Martínez, 2000).

Un segundo factor que explica la relevancia de Seattle fue el radicalismo de las formas de la protesta y, en especial, el bloqueo físico de la apertura de la sesión inaugural de la cumbre. A pesar del amplio espectro de manifestantes, es evidente que una parte central del protagonismo se lo llevaron los miles de jóvenes agrupados en torno a la Direct Action Network que protagonizaron el bloqueo de la sesión inaugural de la cumbre, sin el cual el escenario de los acontecimientos hubiera sido bien distinto. Este carácter disruptivo de las protestas, les dio mucha fuerza e impacto. La acción directa se convertiría en una de las señas de identidad del movimiento “antiglobalización” en el periodo posterior.

Un tercer elemento a tener en cuenta fue el fracaso del intento de lanzamiento de la propia Ronda del Milenio, que contribuyó a amplificar el impacto de los acontecimientos de Seattle. Este bloqueo constituía la segunda victoria internacional del movimiento, después de la parálisis del AMI el año anterior. El fracaso de una nueva ronda de negociaciones mostraba el carácter contradictorio y vulnerable del proceso de globalización, y fue resultado de una combinación retroalimentada del conflicto entre los países del Norte y los del Sur y las movilizaciones en la calle, sin olvidar las propias tensiones inter-imperialistas entre la Unión Europea y EEUU. El clima de protesta y movilización creó las condiciones idóneas para que los países del Sur se negaran a aceptar la apertura de una nueva ronda de negociaciones en los términos propuestos.

## Después de Seattle: la explosión del movimiento

La “batalla de Seattle” inauguró un periodo de rápido desarrollo del movimiento, hasta las movilizaciones contra el G-8 en Génova en julio de 2001 y los atentados del 11 de septiembre en Nueva York. Ésta fue una fase de crecimiento lineal, semi-espontáneo y “automático” del movimiento. El impulso “antiglobalizador” fue recorriendo el planeta dibujando a su paso una “*extraña geopolítica de las resistencias*” (Bensaid, 2003) siguiendo a las cumbres oficiales en Washington, Praga, Québec, Goteborg, Génova o Barcelona. Miles de personas se sintieron identificadas con estas protestas y una gran diversidad de colectivos de todo el planeta tuvieron la sensación de formar parte de un mismo movimiento, del mismo “pueblo”, el “pueblo de Seattle” o de “Génova”, de compartir unos objetivos comunes y sentirse partícipes de una misma lucha. Parecía que cada vez más sectores empezaban a ver sus problemas concretos desde una ópti-

ca global y a percibirlos, aunque de forma imprecisa y difusa, como parte de un proceso más general. Renacía así el espíritu y la práctica internacionalista, configurando lo que sería bautizado como un “nuevo internacionalismo de las resistencias” (Antentas y Vivas, 2009).

El movimiento “antiglobalización” se configuró rápidamente como un movimiento con una orientación generalista de rechazo a la lógica de la globalización neoliberal, aunque formado por una multitud de organizaciones, redes y colectivos a menudo de temáticas e intereses específicos. Desarrolló una identidad abierta e inclusiva, simbolizada en algunas ideas-fuerza sintetizadas en sus eslóganes más conocidos como “*El mundo no está en venta*”, “*Globalicemos las resistencias*” u “*Otro mundo es posible*”. Unos lemas que hacían compatibles un discurso general de crítica a la globalización con la defensa de las reivindicaciones y las problemáticas específicas y sectoriales (Della Porta, 2003). De ahí surgió su caracterización de “movimiento de movimientos” que, si bien era excesivamente optimista, capturaba bien su naturaleza en este periodo ascendente.

El auge del movimiento “antiglobalización” significaría también la irrupción de los procesos de radicalización de la juventud más importantes desde los años sesenta-setenta y la emergencia de una nueva generación militante, en confluencia con los militantes en activo de las generaciones precedentes, así como el retorno de “exmilitantes” desmovilizados durante los ochenta o noventa, motivados por el panorama abierto.

El “largo año 2000”, de Seattle hasta el primer Foro Social Mundial en enero del 2001 en Porto Alegre, se convertiría en lo que Bello (2001) bautizó como “el año de la protesta ‘antiglobalización’”. Este “largo 2000”, de Seattle a Porto Alegre, fue seguido por un “corto 2001”, de Porto Alegre a Génova y al 11S, en el cual la fuerza y la magnitud de las movilizaciones se expandió todavía más. Las mayores protestas de este periodo fueron: las de Québec en abril, en ocasión de la Cumbre de las Américas, cuyo objetivo era la puesta en marcha del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA); la marcha zapatista “por el color de la tierra” de Chiapas al Zócalo en México DF en primavera; las protestas en Goteborg (Suecia), en junio durante la cumbre de Jefes de Estado de la Unión Europea (UE); y las movilizaciones de Génova (Italia), en julio durante la cumbre del G-8.

Las jornadas de Génova fueron el momento cumbre de la fase de crecimiento lineal del movimiento abierta en Seattle y la constatación de que éste había pasado de tener esencialmente una fuerza simbólica a tener una capacidad de movilización real. Los acontecimientos en esta ciudad italiana capturaron el imaginario de millones de personas y de múltiples movimientos y luchas sociales de todo el planeta que se sintieron identificados con el mensaje de crítica radical a la globalización capitalista y con unas protestas que vivieron como propias. La masividad de las mismas, su radicalidad y el elevado nivel de confrontación entre los manifestantes y el poder marcaron la dinámica de unos días decisivos, donde el tiempo histórico pareció acelerarse de forma muy intensa.

El asesinato del joven Carlo Giuliani por un disparo de la policía y el asalto policial a la escuela Díaz fueron los episodios más dolorosos de unas movilizaciones marcadas por una feroz represión. Habilitada como un lugar para dormir y reunirse por parte de algunos manifestantes extranjeros, la escuela Díaz se convirtió la noche del 21 de julio en escenario de una vendetta policial que dejaría tras de sí a 63 heridos y decenas de arrestados, ocasionando un gran escándalo político y mediático.

## Tras el 11-S

Las protestas en Génova y los atentados del 11S en Nueva York abrieron paso abruptamente a un nuevo período en la trayectoria del movimiento “antiglobalización”. En los meses inmediatamente posteriores al 11S, el movimiento pareció haber perdido fuelle y centralidad política y mediática. El propio *Financial Times* proclamó que “*el clamor antiglobalización se apaga*” (Harding, 2001) y algunas movilizaciones, como las previstas el 30 y 31 de septiembre en ocasión de la Asamblea anual del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM) en Washington, fueron canceladas. En Estados Unidos, el grueso del movimiento sindical se replegaría hacia una orientación patrioter de apoyo a la política exterior de Bush y no volvería a participar en el movimiento hasta la Cumbre de Ministros de Comercio del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) en Miami en noviembre de 2003.

Sin embargo, esta situación de desconcierto e incertidumbre inicial fue disipándose y el movimiento recuperó de nuevo capacidad de iniciativa, beneficiándose del estallido de la crisis Argentina y del escándalo de Enron. La crisis Argentina, el mejor alumno del FMI, simbolizaba el fracaso del ajuste neoliberal y el hundimiento de Enron, la del mito de la “nueva economía”. En enero de 2002, el éxito del segundo Foro Social Mundial de Porto Alegre, convertido en la principal referencia internacional del movimiento y en el estandarte de la consigna “Otro mundo es posible”, mostró que, lejos de haberse descompuesto, el movimiento estaba preparado para hacer frente a la nueva situación internacional.

En poco tiempo, ante la estrategia de “guerra global permanente” de la administración Bush la denuncia de la guerra y el imperialismo tomaron centralidad en las actividades del movimiento “antiglobalización”, hasta entonces centrado esencialmente en las cuestiones sociales y económicas. A la crítica a la “globalización financiera”, denunciada sobre todo en el mundo francófono (la *mondialisation financière*), y a la “globalización pro-empresarial y al servicio de las multinacionales”, (la *corporate globalization*), más propia del mundo anglosajón, se añadía la crítica a la “globalización armada”. “McDonald’s no puede vivir sin McDonnell Douglas”, fue una de las consignas de este período.

La incorporación de la lucha contra la guerra en la agenda del movimiento “antiglobalización” no estuvo exenta de debates sobre su centralidad en el seno del movimiento. Algunos sectores como Bernard Cassen (2003), dirigente de

ATTAC Francia, cuestionaban la vinculación de la guerra con las políticas neoliberales, afirmando, de forma bastante miope, la desconexión entre una y otra: “Con guerra o paz, los problemas de la globalización eran esencialmente los mismos el 10 de septiembre que el 12 (...) Porque estalle o no la guerra, los B52 y las fuerzas especiales no cambiarán ni la pobreza de Brasil ni el hambre de Argentina”. En el otro extremo, estuvieron quienes, como Alex Callinicos, dirigente del Socialist Workers Party británico, desde un correcto y bien argumentado análisis del significado de la guerra, tendieron, sin embargo, a plantear la centralidad casi exclusiva de la lucha contra la guerra, infravalorando otras cuestiones como la denuncia de la profundización de las políticas neoliberales en Europa y el Tratado de Constitución Europea. El grueso del movimiento, no obstante, acabó integrando la lucha contra la guerra imperialista como parte del combate contra la globalización neoliberal, dándole gran centralidad estratégica sin por ello reducir su amplia agenda temática a “*un solo asunto*” (Vivas, 2006).

La guerra en Irak desencadenó un gran movimiento antiguerra, que tuvo en la jornada mundial del 15 de febrero de 2003 su mayor expresión, llevando al periódico *The New York Times* (17/02/05) a afirmar que “*existen dos superpotencias en el planeta, Estados Unidos y la opinión pública mundial*”. Esta convocatoria fue lanzada en noviembre de 2002 en el segundo Foro Social Europeo de Florencia, uno de los episodios cumbre del desarrollo del movimiento “antiglobalización” en Europa. Florencia fue el momento culminante de un periodo de expansión marcado de forma simultánea por la ampliación de la base social y por la radicalización del contenido y las formas de movilización. “Unidad y radicalidad” fue el binomio utilizado entonces para definir la lógica del movimiento.

## Pérdida de centralidad

A partir de finales del 2003 y 2004, se entró en una nueva etapa marcada por una pérdida de visibilidad de las movilizaciones internacionales “antiglobalización”, de su capacidad aglutinadora y unificadora, así como de mayor dispersión y fragmentación, regionalización, “nacionalización”, y localización de las luchas sociales. La imagen de un movimiento internacional coordinado, que actuaba como polo de atracción y de referencia simbólica, desapareció. En términos generales, si en el periodo inicial posterior a Seattle prevalecieron tendencias a la unificación de las luchas, dentro de cada país y a escala internacional, a partir de este periodo dominó la tendencia a la fragmentación y a la dispersión.

Aunque la dinámica general desde entonces ha sido de aumento de las resistencias, éstas han sido muy desiguales por todo el mundo y han experimentado dificultades importantes en Europa y Estados Unidos, donde han tenido una lógica globalmente defensiva y han conseguido pocas victorias concretas que permitieran acumular fuerzas de forma sólida. En América Latina, en cambio, se ha producido una crisis profunda del modelo de acumulación neoliberal y un

ascenso de los movimientos populares, convirtiéndose en uno de los principales focos de resistencias al neoliberalismo en estos diez años tras Seattle.

Si el alzamiento zapatista, en 1994, marcó simbólicamente el inicio de la contestación al entonces neoliberalismo triunfante, ésta se aceleró justo en el cambio de siglo, poco después de Seattle, a partir de la “guerra del agua” en Cochabamba (Bolivia) en abril del 2000. Desde entonces, se sucedieron importantes episodios de lucha como la rebelión argentina de diciembre de 2001, las movilizaciones del 13 de abril de 2002 contra el golpe de Estado reaccionario en Venezuela, los sucesivos alzamientos indígenas en Ecuador, las “guerras del gas” de Bolivia de 2003 y 2005, la revuelta de Oaxaca en 2006 o las movilizaciones indígenas en Perú desde agosto de 2008 contra las actividades de las multinacionales en la Amazonía. Las resistencias sociales al neoliberalismo en América Latina han sido impulsadas por una amplia variedad de actores, algunos de los cuales han tomado un protagonismo particular, como es el caso de los indígenas y los campesinos (sobre todo en la región andina) y también los movimientos de los “pobres” urbanos (parados, trabajadores informales, habitantes de los grandes suburbios...).

En otras palabras, en los últimos años se ha producido un aumento, aunque desigual y en medio de fuertes dificultades, de las “resistencias a la globalización”, entendidas como el conjunto de luchas frente a la globalización neoliberal (ya sean de ámbito local, nacional, sectorial o general), pero una pérdida de centralidad y empuje del movimiento “antiglobalización”, entendido como un movimiento de alcance internacional formado por un conjunto de organizaciones y colectivos que se ha expresado públicamente a través de contra-cumbres e iniciativas y campañas internacionales (Antentas, 2008). En este contexto de fondo, el movimiento “antiglobalización” afrontó a partir de los años 2003 y 2004 una situación de crisis de perspectivas, así como crecientes dilemas estratégicos y tensiones internas marcados por el fin de su dinámica inicial de “*expansión por consenso*” (Bensaid, 2005). Procesos como el del Foro Social Mundial perdieron visibilidad y utilidad concreta aparente, y sufrieron crecientes dinámicas de institucionalización y alejamiento de las luchas, como quedó patente de forma alarmante en su edición de Nairobi en 2007 (AAVV, 2008). En esta etapa, buscar elementos de auto-reforma para obtener un segundo impulso apareció como una tarea importante para el futuro del movimiento.

## La crisis de 2008: de la “antiglobalización” al anti-capitalismo

Y entonces llegó la crisis. El estallido de la “gran crisis” del 2008, con el hundimiento de Wall Street y la crisis financiera y bancaria, abrió un nuevo escenario para las resistencias a la globalización. La crisis puso en evidencia la cara más oscura y destructiva del capitalismo global. Lejos de una mera crisis coyuntural producto de algunos “excesos”, ésta es una verdadera crisis sistémica, una de las



grandes crisis históricas del capitalismo, en la que se combinan una crisis económica, financiera, social, energética, ecológica y alimentaria.

A pesar de la retórica grandilocuente de las cumbres del G-20 en Washington, Londres y Pittsburgh y de su pompa escenográfica, las medidas adoptadas durante este año por los principales gobiernos del mundo han buscado transferir el coste de la crisis a los sectores populares, socializar las pérdidas y apuntalar los cimientos del modelo económico, sin cambios significativos del mismo, más allá de la corrección de algunos “excesos” negativos desde el punto de vista del propio funcionamiento del sistema.

Contrariamente a algunas ilusiones, a menudo sacadas de lecturas poco sólidas de los años 30 y haciendo abstracción de las diferencias de contexto, no ha habido giro neokeynesiano alguno. La crisis, como indica Daniel Bensaid (2009), “*es también, aunque no guste a los profetas de la salida de la crisis gracias a los prodigios de un New Deal verde, una crisis de las soluciones imaginadas para superar las crisis pasadas.*”

Bajo el impacto del *shock* del hundimiento de Wall Street y las medias de rescate bancario, algunas voces desde la izquierda hablaron en ese momento, de forma excesivamente optimista, del “fin del neoliberalismo”. Lo acontecido ha sido distinto. El neoliberalismo ha sufrido una crisis de legitimidad muy profunda y las falacias y contradicciones del discurso neoliberal han quedado más al descubierto que nunca. Pero esto no significa que las políticas neoliberales estén enterradas, ni que la salida a la crisis haya comportado una ruptura con el paradigma neoliberal ni la adopción de medidas favorables a los intereses populares. Para ello haría falta construir otra correlación de fuerzas entre capital y trabajo. No habrá reformas espontáneas desde arriba sin más.

La incapacidad para arrancar cambios significativos en las políticas dominantes se explica fundamentalmente por la debilidad de la respuesta social frente a la crisis. El desfase entre el malestar social y el descrédito del actual modelo económico y su traducción en movilización colectiva es claro. Las respuestas a la crisis, sobre todo en los centros de trabajo, son limitadas, eminentemente defensivas, de poco alcance y la mayoría, con algunas excepciones, han terminado en derrotas. Esta dinámica es favorecida, además, por la política de concertación de los grandes sindicatos.

Ante un contexto de crisis, las reacciones de los sectores populares pueden estar dominadas por el desánimo, el miedo y el egoísmo o por la rabia ante la injusticia, la movilización colectiva y la solidaridad. Pueden orientarse hacia opciones progresistas y de izquierda o girar hacia alternativas populistas y reaccionarias. A pesar de la tibieza de la respuesta colectiva ante la crisis, no hay que sacar de ello conclusiones pesimistas o prematuras. Conviene recordar, por ejemplo, que después del crack de 1929 el movimiento obrero norteamericano tardó cuatro años en responder, a pasar a la ofensiva y sacudir el panorama político y social del país. Estamos todavía en una primera etapa.

Las promesas de moralización del capitalismo entonadas desde hace meses y las proclamas recientes que lo peor ya pasó tienen en común el intento de negar el carácter sistémico de la crisis y de evitar que la misma abone el cuestionamiento del propio sistema económico. En septiembre del 2008, justo después de la debacle de Wall Street, Nicolás Sarkozy lo señalaba bien claro en un discurso en Toulon (Francia): *“La crisis financiera no es la crisis del capitalismo, es la crisis de un sistema alejado de los valores fundamentales del capitalismo a los que, en cierto modo, ha traicionado. Quiero decirlo claro a los franceses: el anticapitalismo no ofrece ninguna solución a la crisis actual”*. ¿Seguro?

En realidad, la crisis plantea con más fuerza que nunca la necesidad de una ruptura con el actual orden de cosas. Sin duda, el anticapitalismo aparece hoy como un doble imperativo, moral y estratégico, insoslayable.

“Anticapitalismo” es el término que se ha ido imponiendo para designar un horizonte de ruptura y rechazo al actual orden de cosas. A menudo se señala críticamente el carácter “negativo” del concepto. Es sólo una verdad a medias pues el “anticapitalismo”, tal y como lo entendemos buena parte de quienes nos situamos en este campo, desemboca directamente en la formulación de propuestas alternativas a las políticas dominantes que apuntan hacia otro modelo de sociedad. Se empieza por el rechazo a lo existente para pasar después a la defensa de otra lógica opuesta a la del capital y la dominación.

Los límites del término son, en cierta forma, los límites de la fase actual, todavía de resistencia y de (re)construcción, marcada por la dificultad por expresar una perspectiva estratégica “en positivo” y por afirmar tanto una perspectiva revolucionaria de transformación, como un horizonte de sociedad alternativo. Hacen falta todavía nuevas experiencias fundadoras para imponer nuevos conceptos o recuperar los antiguos para designar un proyecto de sociedad alternativo. Los grandes conceptos que designan modelos de sociedad alternativos, como “socialismo” o “comunismo” tienen hoy un significado equívoco debido al fracaso de los proyectos emancipatorios del siglo XX.

Como nos recuerda Olivier Besancenot (2009), cabeza visible del Nuevo Partido Anticapitalista (NPA) en Francia:

Sólo estamos en las primicias de un ciclo de removilización en el que comienza a haber algunas experiencias fundadoras. Pero habrá muchas otras. Puede ser que este proyecto de sociedad se llame de otra manera, ecosocialismo, comunismo, autogestión libertaria, etc. Acabará por imponerse un nuevo nombre. En la historia, cada vez que un nombre ha aportado algo, ha sido porque detrás había una experiencia colectiva, que no era cuestionada en ese momento.

La crisis levanta el doble desafío de renovar las perspectivas estratégicas y de dar respuesta a los retos de un momento marcado por el ascenso de un rechazo, aunque difuso, al actual sistema económico, pero también por las dificultades para hacer arrancar la protesta social. Un mero enfoque “antineoliberal” no basta.

Pasar al “anticapitalismo” consecuente aparece como un desarrollo estratégico necesario para avanzar hacia este “otro mundo posible” del cual el movimiento “antiglobalización” ha sido una referencia. Es la hora de profundizar en las alternativas, radicalizar su contenido y de elevar el listón de la crítica planteando una agenda de ruptura con el paradigma neoliberal desde una lógica anticapitalista. Así lo vimos en la última edición del Foro Social Mundial en Belém.

En el marco de la crisis, tenemos el reto de avanzar en la reflexión estratégica y reforzar la articulación de las luchas sociales. Sin duda, cambiar el mundo se ha rebelado como una tarea mucho más difícil de lo que imaginaron muchos de los manifestantes de Seattle. Hace ya cinco años, en el Foro Social Mundial de Mumbai, otro de los momentos remarcables de la trayectoria del movimiento “antiglobalización”, la escritora Arundhati Roy señalaba: “*Necesitamos urgentemente discutir las estrategias de resistencia. Necesitamos centrarnos en blancos reales, librar batallas reales e infligir daño real*”. Ahí está el reto.

[Este texto es la versión ampliada del artículo del mismo nombre publicado en *Antentas, J.M. y Vivas, E. (2009) Resistencias Globales. De Seattle a la crisis de Wall Street. Madrid: Editorial Popular*]

**Josep María Antentas** es profesor de Sociología en la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB). Miembro del Centre d'Estudis Sociològics sobre la Vida Quotidiana i el Treball (QUIT). **Esther Vivas** es miembro del Centre d'Estudis sobre Moviments Socials de la Universitat Pompeu Fabra (UPF).

Ambos pertenecen a la redacción de *VIENTO SUR* y son autores de *Resistencias Globales. De Seattle a la crisis de Wall Street* (Editorial Popular, 2009)

## Bibliografía:

- AAVV (2008) *El futuro del foro social mundial*. Barcelona: Icaria.
- Antentas, Josep M (2002) “Las resistencias a la globalización. De Chiapas a Porto Alegre”. *Mientras Tanto*, 84, 67-86.
- Antentas, J. M. (2008) “FSM 2001-2007: un balance general”. En AAVV *El futuro del foro social mundial*. Barcelona: Icaria.
- Antentas, J.M. y Vivas, E. (2009) “Internacionalismo (s): ayer y hoy”. *VIENTO SUR*, 100, 33-40.
- Bello, W (2001) *The future in the balance*. Oakland: Food First Books.
- Bensaid, D. (2003) *Le nouvel internationalisme*. París: Textuel.
- Bensaid, D. (2005) “La expansión por consenso del movimiento ha terminado”. *La Vanguardia*, 5/01/2005.
- Bensaid, D. (2009) “Keynes, ¿y después?”. *VIENTO SUR*, 106.
- Besancenot, O. (2009) “El desafío es hacer emerger, a partir de lo que ya existe a nivel social, un referente político que no quede atrapado por los engranajes del poder y no sea satelizado por el PS” ([www.viento-sur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=2302](http://www.viento-sur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=2302)).
- Cockburn, A. y St.Clair, J. (2000) *5 days that shock the world. Seattle and beyond*. Londres: Verso.
- Della Porta, D. (2003) *I new global*. Bolonia: Il Mulino.
- Harding, T. (2001) “Clamour against capitalism stilled”. *Financial Times*, 6/10/2001.
- Martínez, B. (2000) “Where Was the Color in Seattle? Looking for Reasons Why the Great Battle was So White”. *Monthly Review*, 52 (3), 141-147.
- Vivas, E. (2006) “El movimiento contra la guerra antes y después del 15F”. *VIENTO SUR*, 88, 43-52.